

Hace más de sesenta años que Ortega y Gasset presintió lo devastadora que podría ser esa especialización a ultranza que ha superado ahora todo lo entonces temido. Cada especialista tiene su propio universo y casi todos le siguen teniendo miedo a la metafísica. El viejo positivismo está ya arrumbado en la concepción de D'Espagnat, pero las nuevas ideas requieren para ser enunciadas y comprendidas una nueva integración de las ciencias. El futuro es imprevisible, pero parece haber algunos indicios de que una nueva singladura está próxima a comenzar y de que, tal vez, esas «inquietantes» sombras que diagnosticó D'Espagnat, puedan ser algo menos densas en años venideros. Cada ciencia particular es una más entre las interpretaciones teóricamente infinitas de algunas de las manifestaciones fenoménicas de un todo único, pero no una «realidad» independiente, desconectada de lo que D'Espagnat denomina «lo real velado» y que es uno de los nombres de ese «númeno» inconocido o inconocible, de ese «ser en sí» de esa «realidad última» y posiblemente atemporal, de la que cada día creemos estar más cerca, pero que no sabemos si podremos alguna vez desvelar.

CARLOS AREÁN
Marcenado, 33
28002 MADRID

En torno a la novela erótica española de comienzos de siglo

Durante la década inicial de nuestro siglo, a partir del primigenio impulso de Felipe Trigo y Eduardo Zamacois, llegó a cuajar, disfrutando de un inusitado nivel de aceptación, una promoción de escritores que hicieron de los temas eróticos, cuando no sicalípticos, motivo esencial de sus relatos. El eco de su éxito, en el momento, y después la implacable desmemoria de los años, han oscurecido, en favor de los llamados «novelistas galantes», a otros autores que también abordaron, aunque desde muy diferentes perspectivas, los mismos asuntos. Para comenzar a distinguirles, nada mejor que ceder la palabra a Joaquín Belda, sin duda uno de los más conspicuos «galantes».

—¿Qué libro —le preguntaba Parmeno— empezó a producirle dinero?

—*La farándula* —contestó Belda—. Me compró Martínez Sierra la primera edición en trescientos duros, y Pueyo me pagó por la segunda cuatro mil pesetas. Después, con *La piara* —que se ha traducido al alemán, ¡ejem, ejem...!— y con *El pícaro oficio*, me defendí, y llegó *La Coquito...* y me revolqué en billetes de banco, porque ha metido ya en mi casa más de seis mil duros ¹.

El dinero, así de sencillo. Chisporrotearían irónicos los ojillos de Belda. ¿Exigencias literarias? ¿Afanos de inmortalidad? ¡Bah!, para él todo resultaba bastante menos complejo:

¹ J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO): *En la pendiente. Los que suben y los que bajan*. Madrid, Pueyo, 1920. «La pornografía de Belda», págs. 190-1.

—Anualmente —apuró el entrevistador—, ¿qué ganará usted?

—Unas veinte mil pesetas —dijo rotundo—. Más que todos los novelistas jóvenes, exceptuando a Ricardo León, que es el escritor de la gente seria. De modo que aquí, el poco dinero que se dedica a la literatura es para los serios y para los sicalípticos. Por eso yo, que no busco la inmortalidad, no me saldré del terreno de la sicalipsis, aunque me emplumen...

Es, desde luego, evidente, y ellos jamás lo negarían, que el señuelo de unas fáciles ganancias económicas, inalcanzables entonces —y sospecho que, asimismo, ahora— desde una práctica literaria rigurosa, contribuyó a cercenar de manera decisiva las ya de por sí escasas ambiciones creativas de los miembros de aquella promoción, quienes, conscientes del filón descubierto, y salvando las excepciones de rigor, se limitaron a repetir poco menos que desde el principio, adobándola con sales más o menos gruesas, la fórmula que había «empezado a producirles dinero».

Junto al franquísimo Belda, autor de incontinente pluma rápida, desenfadado e ingenioso, y en verdad nada preocupado por obtener la inmortalidad, fueron prototípicos sicalípticos José María Carretero, el aparatoso «Caballero Audaz», que luego pondría especial —y desdichado— énfasis en el panfleto político, periodista pendenciero, cuya vida aparece repleta de episodios chulescos, y escritor siempre de ínfima calidad; Alvaro de Retana, «el Petrarca español», según la desmesurada opinión de Cejador, de prosa excesivamente afectada; el extraño Antonio de Hoyos y Vinent, partidario declarado del pansexualismo y hombre de curiosos saberes, protagonista de una radical evolución ideológica que le condujo, desde sus orígenes de Grande de España, hasta las filas anarcosindicalistas y las cárceles nada gloriosas de la posguerra, triste cobijo de sus últimos días; Pedro Mata, en realidad un simple novelista rosa que a las veces incurría en peliagudas incursiones por otros campos; Alberto Insúa, de breve trayectoria «galante», consumado cronista de los ambientes sociales acomodados, y Rafael Pérez de Haro, auténtico cajón de sastre del efectismo: dos párrafos truculentos y otros dos de dulzarrón misticismo o viceversa.

Por delante de todos ellos, como indiqué al comienzo, Felipe Trigo y Eduardo Zamacois. Su obra —la de ambos— presenta focos de interés y abunda en destellos de calidad que de ninguna forma alcanzaron sus oportunistas continuadores. Trigo, novelista poderoso y hombre de altruistas ideales, se rebela contra la sordidez moral que le rodea y desde esa perspectiva debe calibrarse la indudable acritud de su erotismo, y en cuanto a Zamacois, puede decirse que, tras una etapa «galante», pasó a insistir en las circunstancias que hacían posible —inevitable— su planteamiento como problema, anticipándose así, y siendo en este sentido un escritor de transición, la promoción republicana del «nuevo romanticismo». Al publicar *La opinión ajena* aprovechó la ocasión para explicarse. Recordemos lo que dijo:

«Durante muchos años —particularmente en Francia— el amor sirvió de motivo único a millares de novelas —declaró entonces—. Bourget y Prévost deben su reputación mundial al singular acierto con que supieron explicarnos por qué Fulano adora en su esposa, madame Mengano, y por qué ésta, que posee un alma *complicada*, no sólo no le corresponde, sino que todas las tardes se marcha a tomar el aperitivo con el gallardo Perencejo, el cual, a su vez, se deshilvana por otra señora, etc. Esta

obsesión sexual la hemos sufrido, más o menos, todos los autores, al extremo de que no sé qué hubiera sido de nosotros de no existir la institución matrimonial»².

Narrador de pura cepa, Zamacois, desdeñando el cómodo camino de los modestos triunfos asegurados, emprendió la difícil aventura literaria de pretender captar el nuevo signo de la época. La Gran Guerra constituía su trágico telón de fondo y él no quería permanecer al margen. Son, de nuevo, sus palabras:

«La hecatombe europea, remozando la clásica locura *primum vivere, deinde philosophare* —decía—, abrió nuevos y desgarradores cauces a la inspiración de los escritores, y el sentimiento amoroso, clasificado por Darwin entre las *funciones de lujo*, pasó a un discreto segundo término. Al Amor que —aun en los casos más felices— no suele ser más que la venturosa agonía de dos, lo sustituyó el Dolor, abonado con los millones de cadáveres que la Gran Guerra dejó en pos de sí; el dolor inmenso de los oprimidos y de los hambrientos, obligados a eterna servidumbre; un dolor racial tan viejo, tan fiero y tan hondo, que despertó al mujik y sacudió el quietismo milenario de la India; un dolor que ha ganado todos los horizontes y en la hora actual flota sobre el planeta semejante a una neblina roja.»

Y de ahí —continuaba— que sus últimas novelas (*Las raíces*, *Los vivos muertos* o *El delito de todos*) apuntasen decididamente contra «la sevicia con que, en nombre de los antiguos y falsos valores morales, la sociedad oprime al individuo y lo estrangula».

El renovador sesgo de Zamacois casi vendría a coincidir en el tiempo con la incorporación al género narrativo de dos jóvenes autores, Manuel D. Benavides y Joaquín Arderius, muy interesados al principio por los temas eróticos, que luego se contarían entre los más destacados miembros del grupo de novelistas sociales.

En el haber de Arderius hay que anotar una obra especialmente brillante y extraña: *Los príncipes iguales* (1928), en cuyas páginas, recorridas por un impresionante alarde imaginativo, el autor acertó a plantear unas intrincadas relaciones entre dos príncipes gemelos, el padre y un viejo criado, resignada víctima de los peores y más sádicos tormentos de ambos adolescentes, que a última hora se nos revela, en anagnórico guiño, como la amorosísima madre que sus dos recalcitrantes victimarios nunca habían cesado de buscar. En cuanto al estilo, el libro abunda en momentos de prodigiosa plasticidad; sin exageración puede decirse que alguno de sus capítulos —el primero, por ejemplo— merecería figurar en cualquier antología de la narrativa española de aquellos años.

Ahora bien, *Los príncipes iguales* es, por desgracia, un libro aislado, aislado —incluso— dentro de la obra del propio Arderius, cuyas restantes novelas iniciales resultan mucho más convencionales o, si se prefiere, infinitamente menos ambiciosas, excepción hecha de *La duquesa de Nit* (1926), donde, en cierta manera, ya alienta lo mejor del autor. El final, con la duquesa, arruinada, enloquecida y alcoholizada, convertida en amante de un antiguo y leal (perrunamente leal) servidor, acogidos los dos personajes al amparo de una miserable buhardilla, esperpéntico escenario de las

² «Eduardo Zamacois nos dice lo que es y cómo fue compuesto, con tipos y escenas tomados de la realidad, su última novela, *El delito de todos*», en *Crónica*, Madrid, 11 de junio de 1933.